

mo lo expresamos al principio, Elmore era un admirador decidido del señor Vasconcelos, lo que hace adivinar que en la polémica que se desarrolló entre él y el poeta Santos Chocano, Elmore se debe haber puesto de parte del ex-Ministro mexicano.

Apasionado de lo que él llamaba la «nueva gran cruzada americana», Elmore, aprovechando la estancia en Lima de numerosos intelectuales hispanoamericanos, entre los cuales se contaba el que escribe estas líneas, durante las fiestas del Centenario de Ayacucho, convocó a todos éstos a una reunión informal que se celebró en el salón de fiestas del suntuoso Hotel «Bolívar», con el objeto de exponerles de viva voz su proyecto del Congreso de Intelectuales. No se llevó a efecto ninguna otra reunión, pero ello bastó para arrojar la semilla en el surco y para que los concurrentes se dieran cuenta de que Elmore era un hombre de gran dinamismo, verboso, de amplia cultura y de ostensible don de gentes.

Elmore figuraba como miembro del Comité Directivo de la famosa revista limeña *Mercurio Peruano*, en la que se ha agrupado la joven intelectualidad del Perú.

JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ

(*El Universal*, México, D. F.)

En el sepelio de Elmore

Discurso del Dr. Mariano Iberico Rodríguez, en nombre de la revista Mercurio Peruano:

Señores:

En nombre del grupo intelectual que trabaja en *Mercurio Peruano* vengo a dar el último adiós a Edwin Elmore, compañero irremplazable de entusiasmo y de esfuerzo, en quien se unieron de modo admirable los dones de una inteligencia toda vitalidad e inquietud a los impulsos elevados de un noble corazón.

La personalidad de Elmore se definió en todo momento por la pureza absoluta de su fervor espiritual. Ajeno a todo interés circunstancial, a todo cálculo egoísta, Elmore puso sus juveniles energías al servicio de una nueva esperanza, y supo afirmarla y defenderla con entereza y altura excepcionales. Sus libros, sus ensayos y artículos están llenos de rica ideología, y su vida de ese optimismo comunicativo e indestructible que es preclaro atributo de las almas profundas y apostólicas.

Cuando en la historia de nuestra cultura se haga el examen de esta hora de ansiedad y de crisis, la contribución de Edwin Elmore habrá de consagrarse como una de las más significativas y fecundas, ya que pocos como él entre nosotros afirmaron una fe tan robusta en la eficacia de los ideales

y en el triunfo final de la libertad y del bien.

La juventud lo comprendió así y por eso le seguía. Y todos los que de cerca o de lejos pudieron conocerle, rodeáronle de simpatía por la cordial generosidad de su persona y de respeto por el significado moral de su acción.

Y ahora estamos aquí, frente a su tumba.

(*El Comercio*, Lima).

Cuento de Navidad

—(De *Las Fantasías de Juan Silvestre*)—

UN cuento de Navidad?

Y el recuerdo del relato escuchado hace mucho tiempo, cuando yo era un chiquillo, se desentumece en mi memoria.

Es una relación sencilla, tan sencilla como un trocito de muselina blanca, y no sé por qué, mi imaginación cree percibir la tristeza a través de su trama sin complicaciones, tan distintamente como vería la luna.

Quien la narrara me pareció—visto desde mis siete años—un hombre viejo, mas hoy desde mis sesenta me parece joven.

Fué en la sala de mi casa paterna, una víspera de Navidad. Cierro los ojos y la cabeza del narrador inclinada con abatimiento, surge de las sombras. Era un rostro moreno, pálido, de nariz aguileña, sonrisa sin alas y mirada triste. Sin duda era más joven que mi padre; sin embargo su cabello estaba encanecido, mientras que el de aquél se conservaba negro.

Hablaba con acento suave y hondo.

Desde la profundidad en que yace esa época lejana, sube la voz doliente de aquel hombre cuyo nombre he olvidado:

—Vivíamos en el campo, lejos del poblado.

Era el día de Navidad. En la tarde mis hermanitos y yo estuvimos con algunos amigos de la villa y nos confiamos emocionados nuestras ilusiones sobre las maravillas que el Niño-Dios nos dejaría bajo de la almohada.

Al volver al hogar éramos como potranquillos en cuyas crines la Esperanza hubiese prendido su campanita de plata. La alegría que nos llenaba y que rebozaba por ojos y boca, lo iluminó todo y el hogar pobre y triste fué para nuestra fantasía un lugar resplandeciente y alborozado. No vimos abatido el rostro de nuestra madre, sino jubiloso, y sus besos nos supieron a promesas de inefables dichas.

Al acostarnos, pedimos a Dios por el padre ausente y el vacío que él había dejado en el hogar no maltrató nuestros corazones como de costum-

A su tumba que se abre en medio al estu- por indecible de todos. Y ahora estamos aquí para decirle que su fe en la vida no fué vana, pues esta angustia unánime que se condensa en un tremendo silencio, es la vida en cuyo seno se ha incorporado y perdurará de modo indestructible la influencia ejemplar de su recuerdo.

bre. En el umbral de cada uno de nosotros, la ilusión velaba y su canción sin palabras ahuyentaba los Dolores. Cuando mi madre apagó la luz no lo echamos de ver: la visión del Niño-Dios con su saco repleto de juguetes, era un sol que nos deslumbraba.

Envidiamos a los chiquillos de la ciudad: a ellos les tocarían los mejores presentes, no cabía duda.

Me arrebujé bien y experimenté un gran bienestar entre mi lecho tibio, mientras fuera el viento fuerte de diciembre con sus crueles rachas de silampa, pasaba azotando los árboles y estremeciendo la casa.

Mis hermanitos se durmieron. En la habitación contigua mi madre dejó de suspirar: seguramente el sueño también la había rendido.

Sólo yo estaba en vigilia. Al aquietarse el viento, percibía la respiración acompasada de mis hermanitos y el ruido de un ratoncillo al roer la madera. Yo me preguntaba sino era dentro de mí en donde roía esa bestezuela traviesa e inquieta.

La impaciencia correteaba por mi cuerpo, cantaba y me hacía cosquillas.

Por las maderas entreabiertas de la ventana deslizó su silencioso encanto un rayo de luna. Entonces la idea del Niño Jesús en marcha por los caminos, con su preciosa carga a la espalda, se precisó en mí. Quizá en ese momento atravesaría el puente que hay entre el pueblo y nuestra casa. Tal vez habría puesto el saco en el parapeto para descansar y estaría inclinado mirando correr las aguas plateadas y rumorosas. ¿No tendría miedo? ¿No lo llenarían de pavor las sombras que acechan de noche en los caminos?

¿Y qué nos traería? ¿Qué habría metido en su saco para mí?

El escalofrío de la dicha que se acerca, recorrió mi piel.

De pronto me asaltó una idea egoísta: mi cama era la más alejada de la puerta, quedaba en el rincón más oscuro de la pieza... Pudiera ser que el Niño entrara y dejara los mejores juguetes a mis hermanos y para mí

sería el último, algo muy feo: un caballo cojo, una caja de música con la cuerda rota... También podría acontecer que no me viera o que cuando se diera cuenta de mí, ya no tuviese nada. Mejor sería ir a situarme en el corredor de la entrada.

Y la visión de Jesús, solito por los caminos, desafiando frío y miedo por ir a dejar juguetes a todos los niños, me dió ánimo.

Levantéme muy quedo, envuelto en las ropas de la cama; cargado con mi almohada, salí de la habitación sin que ni aun el cariño materno me sintiese y fui a acostarme en el corredor, atravesado en el umbral de la puerta. Así el Niño no podía entrar sin tropezar conmigo.

Titiritaba de frío y de miedo. Entre el viento iban voces cavernosas, sollozos, gemidos, carcajadas. Sobre las copas de los árboles asomaba la luna menguante, amarillenta, sobre un cielo empañado. Bajo los follajes danzaban sombras misteriosas. Cuando una ráfaga de garúa caía sobre el pavimento de madera del corredor, era como si arrojaran puñados de semillas menuditas y espinosas, algunas de las cuales me maltrataban la cara y las manos.

Me envolví la cabeza en la sábana para no mirar a mi alrededor.

En el fondo de mi ser, la ilusión me alentaba con su canción de oro.

Si me hubiesen preguntado lo que deseaba dejara el Niño Jesús en mi almohada, no habría podido decirlo. Si alguien hubiera cristalizado en el juguete más raro y precioso la idea vaga y misteriosa que flotaba en mi imaginación, el encanto se habría roto. ¿Qué traería para mí en el divino saco? El ignorarlo me sumía en una deliciosa sensación inefable.

La impaciencia el frío y el miedo se fueron apaciguando...

Vi al niño subir la pendiente en cuya cima estaba nuestra casa. Recogía para no tropezar su túnica morada y yo distinguía perfectamente sus piecitos blancos que levantaban el polvo al caminar. El resplandor escintilaba sobre su cabeza. También en su boca escintilaba una sonrisa. No tenía el cabello ensortijado como en las láminas, sino lacio y le cubría las orejas como a mi hermano Juan de Dios.

Los pollitos de mamá que el día anterior rompieran el cascarón, le salieron al encuentro; él puso a un lado su saco y los levantó en sus manos y los besó.

Por un agujero del saco salió rodando la bola de hule destinada a mi hermanito menor y rodó por la

pendiente. Jesús silbó, y de entre unos matorrales salió *Mechudo*, el perrito que se nos muriera el mes pasado, y los dos corrieron tras la fugitiva. Yo reía a carcajadas...

Desperté ¡Por fin era de día! La ilusión despertó también y saltó impaciente entre mi corazón. Con mano trémula quité la sábana que me cubría la cara y miré, anheloso...

Sobre mi cuerpo, en la almohada, en torno mío había tan sólo montones de hojas secas que el viento trajo hasta allí...

Fué como el presagio de la vida futura—añadió, y se quedó silencioso.

CARMEN LYRA

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

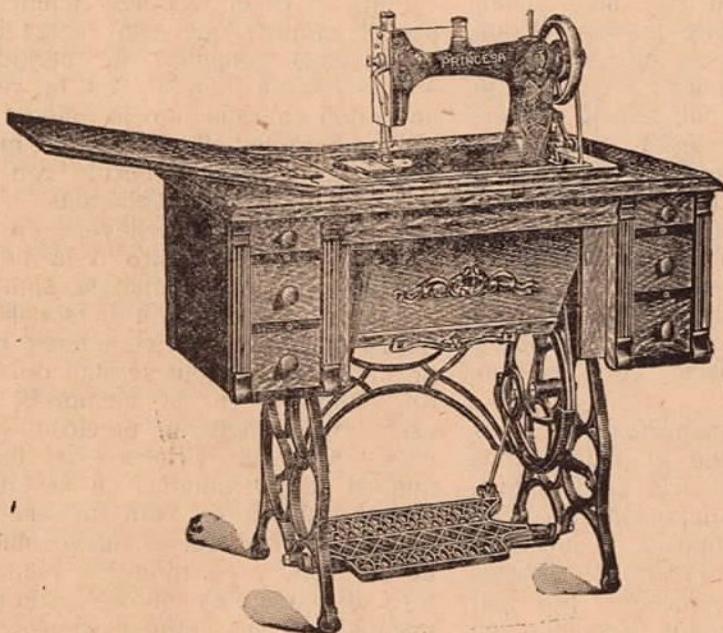
Dirección y Administración: LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

MAQUINAS DE COSER "PRINCESA"



Más fuerte, simple y mejor acabada

SE VENDE CON GRANDES FACILIDADES DE PAGO

THE NATIONAL SEWING MACHINE Co.

REPUESTOS, AGUJAS Y CORREAS SIEMPRE A LA ORDEN

J. P. ARANGO & COMPANY